

Mahón 5 Enero 1906

EL PORVENIR DEL OBRERO

1.º de Mayo de 1906.

Ocho horas de trabajo.

Antimilitarismo y Revolución

(De *Les Temps Nouveaux*.)

Hé aquí la carta de rectificación dirigida por nuestro amigo Kropotkine al diario *Le Temps* y que su director guardó en cartera —no sabemos por qué— más de ocho días.

Señor director:

Acabo de leer en vuestro periódico del 19 octubre un artículo de M. Pierre Mille, titulado: *Diseños del natural: Pedro Kropotkine*. Permitidme que haga notar algunas inexactitudes.

M. Mille reproduce algunas frases de una conversación sobre el antimilitarismo, á la cual no asistió, pero de que oyó hablar en París. Estoy seguro de que lo ha hecho con la mejor intención de ser exacto; pero, al dar sólo algunas frases de aquella conversación, desnaturaliza completamente el sentido de la misma.

Efectivamente, yo dije:

—Tengo sesenta y dos años y no me dejo llevar por el sentimentalismo respecto de Francia, donde he sido condenado á prisión y todavía pesa sobre mí un decreto de expulsión... Pues bien, si Francia fuese invadida por los alemanes, yo lamentaría una cosa, y es que con mis sesenta años cumplidos yo no tendría probablemente fuerza para tomar un fusil y defenderla... *No como soldado de la burguesía, entiéndase bien, sino como soldado de la Revolución*, en los cuerpos francos de revolucionarios, semejantes á los garibaldinos y franco-tiradores de 1871.

Hagamos la Revolución y corramos á las fronteras, esta es la esencia de las opiniones que expresé en aquella conversación y la frase que acabo de citar y que chocó á M. Mille era la conclusión.

Ya que habéis tenido á bien hablar de mis ideas sobre el antimilitarismo, me permitiréis precisarlas?

Cuando veo con cuanta facilidad los gobernantes lanzan á los pueblos á guerras espantosas, emprendidas en interés de la burguesía, y sabiendo con que imperdonable ligereza los gobernantes de Francia —bajo una insignificante promesa hecha por un ministro imperialista inglés— han estado recientemente á punto de lanzar á Francia á una guerra de que hubiera podido salir más destrozada que en 1871, comprendo la necesidad de una propaganda antimilitarista decidida, hecha valientemente por los trabajadores. Comprendo perfectamente que los trabajadores franceses, vanguardia de la clase obrera del mundo entero, tomen la iniciativa, sin saber exactamente hasta qué

punto serán secundados por los trabajadores alemanes.

—Pero, dije en la conversación de que M. Mille ha publicado una parte, la huelga de soldados, cuando la guerra está declarada no es el verdadero camino. La huelga es buena para las naciones que permanezcan neutrales. Cuando dos Estados entren en guerra, los trabajadores de las naciones neutrales deberían rehusar absolutamente todo trabajo que sirva para mantener la guerra. Es lo que debió haberse hecho durante la última guerra ruso-japonesa.

Pero si los alemanes vienen á invadir la Francia, al frente, como lo harán sin duda, de una coalición poderosa, y forzando á los pequeños Estados limítrofes (Bélgica, Suiza), *entonces la huelga de soldados no bastará*. Será necesario obrar como los *sans-culottes* de 1792, cuando constituyeron en sus secciones la Comuna revolucionaria del 10 de agosto, derribaron la realeza y la aristocracia, realizaron el impuesto forzoso sobre los ricos, forzaron la Legislativa á dar los primeros decretos *efectivos* para la abolición de los derechos feudales y la devolución á los campesinos de las tierras comunales *y marcharon á defender el suelo de la Francia continuando la Revolución*. Así también probaron de hacerlo Bakunine y sus amigos en Lyon y Marseille en 1871.

El solo dique eficaz para oponer á una invasión alemana será la guerra popular, la Revolución. Esto es lo que hay que prever y decirlo abiertamente desde hoy.

Sí, he dicho también que Francia marcha á la cabeza de las otras naciones. Y es verdad. No como cultura intelectual, artística ó industrial, porque en esto las principales naciones europeas y los Estados Unidos marchan á la par, y si una toma la delantera en una dirección, queda atrás en otra. Francia marcha á la cabeza de las otras naciones por el camino de la revolución social. Ella hizo la revolución de 1789-93, la de 1848 y plantó un jalón en 1871, mientras Alemania no ha acabado todavía de abolir su régimen feudal, Inglaterra sólo hizo su gran revolución para conquistar la libertad política y religiosa del individuo, sin demoler la propiedad feudal, y Rusia está todavía en 1788-89.

En estas condiciones, un nuevo hundimiento de la Francia sería una desgracia para la civilización. El triunfo del Estado militar centralizado alemán en 1871 ha valido á Europa treinta años de reacción, y ha dado á Francia el culto militarista, el boulangismo, el asunto Dreyfus y la detención, mejor diré, el olvido por treinta años de todo el desarrollo socialista que se efectuaba hacia el fin del Imperio.

Porque he vivido la reacción social é inte-

lectual de los últimos treinta años, pienso que los antimilitaristas de todas las naciones deberían defender *cada* país invadido por un Estado militarista y demasiado débil para defenderse por sí mismo, pero sobre todo la Francia, cuando sea invadida por una coalición de potencias burguesas que odian sobre todo en el pueblo francés su papel de vanguardia de la revolución social.

Hé aquí, señor, las ideas que yo desarrollé en la conversación que M. Mille ha contado á vuestros lectores.

Para terminar, permitidme hacer notar algunas inexactitudes de carácter personal en el artículo de M. Mille.

Mi mujer, me considero dichoso de contradecir en esto á M. Mille, no ha dejado de vivir y si M. Mille viniese á Bromley—pero, por favor, no como reporter—la encontraría poco más ó menos tal como la vió en Acton. Y por mi parte, M. Mille, no solamente me hace cometer un error *de hecho* demasiado grande (condenados á cinco años de prisión, no lo fuimos más que tres) sino que me atribuye á propósito de ese encarcelamiento un lenguaje que yo jamás hubiera usado. Paso de largo sobre el concepto que M. Mille me atribuye respecto á los reporters: esto es demasiado personal.

Dándoos gracias anticipadas, recibid, señor, etc.

PEDRO KROPOTKINE

Vía Libre

Prólogo de la obra que con este mismo título acaba de publicarse, escrita por el compañero Anselmo Lorenzo.

Al recibir el encargo de poner algunas palabras en estas páginas, no he querido pensar en mis deficiencias. Saldrá mi escrito seguramente peor de lo que yo quisiera, pero siempre me llenará de satisfacción que aparezca mi nombre en un libro que resume y formula ordenadamente ideas que en gran parte llevo aprendidas en conversaciones inolvidables que me autorizan para unir la palabra *maestro* á la de *amigo* cada vez que hablo de Anselmo Lorenzo.

Bien comprendo, y me pesa, que el gusto mío de hacer esta manifestación privará á los lectores de un buen prólogo que otro pudiera hacer. Por fortuna, el libro no lo necesita y, además, pienso que para cualquier serían difíciles de cumplir las recomendaciones que me hace el autor.

No hay modo, en efecto, de relacionar mejor los diferentes capítulos de la obra, puesto que la relación y la armonía resultan espontáneamente de los conceptos mismos que cada capítulo contiene.

Demostrado que la desigualdad, la división de los hombres en privilegiados y desheredados, tiene su fundamento en la constitución misma de la sociedad actual, y su fórmula en el código, donde se legaliza la usurpación por unos pocos de lo que es necesario para el bienestar de todos y en justicia á todos pertenece; expuestas las desdi-

chas que por consecuencia de la injusta desigualdad sufren todos los trabajadores en el tiempo presente, como en el pasado, y las amenazas del porvenir, con datos abundantísimos y conocimiento práctico; contrastada la miseria angustiosa, y dentro del actual sistema irremediable, de los que trabajan, con la facilidad cada día creciente de acumular en pocas manos fortunas fabulosas por medio de la explotación del trabajo ajeno; convencido el entendimiento y conmovido el sentimiento de los que de ello son capaces, enseguida surge la idea de que es preciso, para poner remedio á esos males, cambiar radicalmente el modo de ser de la sociedad.

La decisión natural y lógica es realizar el cambio, ó sea la revolución, sin pérdida de tiempo, arrollando los obstáculos que puedan oponer la malicia de los unos, los que de la injusticia reinante sacan inmediato provecho, y la cobardía de los otros, los que sometidos á la esclavitud por educación y por heredad costumbre no se atreven á marchar de frente contra la voluntad de sus amos. No es el mayor de estos obstáculos la violencia ejercida por los poderes públicos. Los gobernantes saben que por la sola fuerza no podrían dominar al pueblo, porque ellos no tienen más fuerza que la que les da el pueblo mismo dejándose dominar; por esto han recurrido siempre á los engaños, entre los cuales hay que señalar como primero y más arraigado el engaño religioso, que todavía sirve para muchos de freno contra toda rebeldía y mata en flor toda esperanza de bienestar sobre la tierra. Luego viene el engaño patriótico, que divide á los hombres, fomentando odios y recelos y dificultando la inteligencia de los oprimidos de todos los países. En nuestra época, cuando se ha visto que los trabajadores entraban en la lucha económica y planteaban la llamada cuestión social, se intenta detenerles y desviarles del buen camino revolucionario con engaños nuevos, que es necesario destruir, porque si los trabajadores les prestasen su asentimiento, resultarían nulos todos los sacrificios realizados hasta el presente y el reinado de la injusticia se afirmaría por muchos años.

Poco esfuerzo ha necesitado el autor de este libro para combatir el engaño del ahorro. Cuando la inmensa mayoría de los trabajadores gana menos de lo necesario para vivir, presentarles como salvación el ahorro es un cruel sarcasmo. Si el jornal no les basta para atender á lo más preciso, y comen mal, y sus hijos mueren de anemia, ¿de qué se han de privar para ahorrar algunos céntimos? Lo que se ahorre á fuerza de hambre en las familias obreras es pérdida y no ganancia, porque es á costa de la salud y de las energías que precisan para seguir trabajando. Pero ya hace años recuerdo haber leído que «asombra lo poco que basta para la vida del pobre, según el criterio de ciertos ricos». Seguramente León XIII, que aconsejaba el ahorro á los obreros, no hubiera dejado tantos millones en los escondrijos de su palacio si hubiese tenido que vivir con un jornal de dos pesetas.

En cambio, dedica tres capítulos, llenos de citas, datos y razonamientos, á las cooperativas, cuestión de actualidad que está en discusión entre algunos anarquistas. Es tentadora la idea de aprovechar para la propaganda ciertas ventajas que con las cooperativas podrían obtenerse, y no debo disimular que en este punto tengo mis vacilaciones. Pero tampoco puedo negar que la argumentación contraria es aplastante. No dudo que las cooperativas amortiguan, cuando menos, el espíritu revolucionario, porque el obrero que se siente copropietario de grandes almacenes, edificios, talleres, formando parte de una sociedad que cuenta su activo por millones, corre peligro de no ser tan radicalmente enemigo de la propiedad para estar dispuesto á perderlo todo en las luchas contra capitalistas y gobernantes que nece-

sariamente tienen que sostener los trabajadores, y que á veces, inevitablemente también, toman caracteres de violencia, terminando en atropellos y persecuciones que interrumpen la vida de las asociaciones obreras. También es posible que por defender la prosperidad del negocio tenga menos reparo en sacrificar al compañero asalariado en la misma cooperativa, como se han dado casos tristísimos. De modo que, prácticamente, hasta ahora, no sólo se han formado en las cooperativas obreros conservadores, insolidarios con sus compañeros en lucha, sino que algunos se han portado como burgueses implacables en las relaciones con sus jornaleros. Es claro que no es el sistema de cooperativas que produce tales resultados el que deseáramos aprovechar los revolucionarios que simpatizamos con la cooperación; al contrario, quisiéramos organizar estas asociaciones de tal modo, que sirvieran á la revolución en vez de estorbarla; pero esto requiere un desinterés que no se ha demostrado en los cooperadores hasta el presente; y, después de todo, las ventajas que se pudieran conseguir pagarían el esfuerzo y la actividad que se habrían de emplear y que solicitan de continuo otros trabajos más prácticos y más directamente conducentes á la realización de nuestros propósitos? Y aunque así fuera, las autoridades, sobre todo las españolas cuya norma de conducta es la arbitrariedad constante, ¿permitirían que viviesen nuestras cooperativas con tendencia revolucionaria? En resumen: quiero hacer á mis vacilaciones la concesión de que si llega el caso práctico de utilizar las cooperativas como medio de facilitar la emancipación obrera, ya se discutirá oportunamente; pero entretanto quedan en pie todas las razones con que en este libro se las combate, incluyéndolas entre los obstáculos que actualmente interceptan el camino.

La política, en su sentido más elevado, es el arte de gobernar á los pueblos, lo cual implica precisamente la existencia de gobernantes y gobernados, es decir, una desigualdad fundamental, base de otras desigualdades. Dentro de la actual organización económica, teniendo los capitalistas en sus manos los medios de vida que necesitan diariamente los asalariados, es un absurdo que éstos piensen que han de participar en el gobierno, cualquiera que sea el régimen político. La farsa del sufragio universal y de todo el sistema parlamentario está al alcance de todas las inteligencias. La libertad del voto corre parejas con la libertad del trabajo: el amo que impone las condiciones que se le antojan á los obreros que han de trabajar para él, y que éstos se ven obligados á aceptar so pena de morir de hambre, ¿tolerará que el voto del obrero sea libre cuando esto constituya un peligro para sus privilegios? Todas las libertades de que se glorían los pueblos modernos han sido conquistadas por la revolución, ó concedidas por miedo á la revolución. Ese mismo miedo es el que obliga á los gobiernos, instrumentos siempre de las clases privilegiadas, á prometer y aún realizar á veces reformas que en cierto modo pueden favorecer á los trabajadores, pero que en realidad no tienen otro fin que consolidar el régimen imperante, apaciguando de momento las protestas demasiado vivas, y engañar al pueblo, atrayéndole á las luchas legales, ó sea, á las corrupciones de la política práctica, donde todos los buenos propósitos fracasan, inevitablemente ahogados por la ambición sin escrúpulos y la desvergonzada picardía. Es natural que acudan á la política y prometan reformas los que quieren participar desde luego de las ventajas del poder, ó pretenden derribar un gobierno con propósito de ocupar ellos mismos la vacante; pero nada podrían adelantar por ese medio los trabajadores que luchan sinceramente por la libertad y por el bienestar de todos.

El camino de las reformas sucesivas y escalonadas podría ser el más cómodo, y qui-

zá el preferible, á pesar de su lentitud; pero esto no depende de los obreros, sino de los poderosos de la sociedad actual, y todavía no se ha dado el caso de que éstos renunciasen espontáneamente á ninguno de sus privilegios; no han hecho ninguna concesión que no fuese arrancada por el miedo; cuando desconfían de que baste la coacción gubernamental para mantener sometido al pueblo, ceden algo, lo menos posible, dispuestos á recobrarlo en cuanto pase el peligro. Los trabajadores no disponen de otro medio eficaz que la lucha revolucionaria; la revolución para adelantar y la amenaza para conservar. Pero el conservar sin adelantar encierra grandes peligros, porque la situación actual es insostenible; los mismos progresos científicos que debieran ser un bien para todos, contribuyen á aumentar el número de los obreros sin colocación que han de ofrecer sus brazos á cualquier precio, ó han de perecer faltos de todo recurso.

Todos estos males y estos peligros, no han nacido de circunstancias fortuitas, ni de condiciones fácilmente modificables, sino que son producto natural y necesario de la organización social que padecemos, y sólo tendrán remedio sustituyendo esta organización injusta y engendradora de desdichas por otra más en armonía con la naturaleza humana, en que se reconozca y se haga efectivo el derecho de todos á la vida y al disfrute de las riquezas naturales y creadas por el trabajo constante de todas las generaciones.

A realizar este cambio debe encaminarse el esfuerzo de todos, sean trabajadores víctimas directas del régimen actual, ó simplemente hombres de corazón, capaces de conocer la verdad y amar el bien. Todo cuanto lo impida ó retarde hay que considerarlo como un estorbo y apartarlo, dejando libre la vía que conduce á la realización del ideal espléndido de amor y de justicia.

Esta es la labor fecunda y necesaria que se cumple en este libro. ¿Qué más puedo decir del mismo y de su autor, á quien profeso cariño entrañable de amigo y de discípulo? He procurado exponer mis opiniones bajo la impresión de su lectura, y no me siento capaz de otra cosa.

Mahón, 6 octubre 1904.

J. MIR Y MIR

El obrero y la razón

(Diálogo)

—¡Hermoso panorama! Desde esta altura que bien se vé todo.

—Díme, obrero: si algún gobierno, si alguna ley te obligase á tirarte de esta altura abajo, ¿lo harías?

—No ciertamente. Si me tirase de aquí, llegaría abajo asfixiado, ó de quedarme vida se extinguiría enseguida por un aplastamiento.

**

—¡Qué bello es el mar!

—¿Te gusta?

—Mucho. Desde estas rocas se contempla extasiado el débil vaiven de las aguas. Las costas que le sirven de marco, bosquejan la silueta de sus casas, escalonadas entre el verdor de la arboleda.

—¡Es encantador!

—Las montañas lejanas, hundiéndose en la mar libre, á la derecha, completan el cuadro.

—Díme: si una ley te obligase á tirarte de cabeza al mar que tanto te gusta, si algún gobernante te castigase al no obedecer esa ley, ¿qué harías?

—Rebelarme. Si me tiro al mar, me ahogaré de seguro. Las leyes que van contra el individuo, no deben acatarse.

—Tú lo has dicho, sin saber lo que te decías.

—¿Sin saber lo que me decías?

—Sí. Todas, absolutamente todas las le-

yes, van contra el individuo. Estúdialo bien. Y sin embargo, ¡tú acatas tantas que te perjudican!...

—¿Será verdad?

—¡Estudia! ¡Estudia! La ley del análisis y de la comprobación es la más exacta. Síguela.

—Otro beso, papá.

—Y mil, ¡séres queridos!

—¿Tanto los amas?

—Mucho. ¡Cómo que son mi sangre!

—Pues no se conoce. Díme: si el gobierno, así, de repente, te mandase asesinarlos.

—¿A mis hijos?

—Sí; y á tus padres, y á tus hermanos?...

—¿Qué monstruosidad! No obedecería.

—¡Pobre hombre! ¡quieres ser algo y sólo eres un esclavo!

—¿Yo?

—Sí, tú. Eso había de ser. Que te rebelaras á todas las absurdas leyes que te perjudican; mas por tu desgracia, obedeces y acatas las leyes.

—¡Pero!

—Si te dijeran, así, de repente: ¡Mata á tus hijos! ¡mata á tus padres! No lo harías. Pero te lo dicen de otra manera, y los asesinas. Te dicen: *Ven al cuartel, que la patria está en peligro.*

—¿Cómo?

—Te dicen: *Ves á la guerra que el enemigo viene.* Y tú coges las armas y asesinas á tus amigos, á tus hermanos, á otros obreros tan engañados como tú, y tan perjudicados como tú, porque la guerra, porque el cuartel, sólo va contra los trabajadores.

—¿Es verdad!

—Vas á la guerra, y el gobierno, la ley que has obedecido, no se cuidan de tu mujer y de tus hijos que mueren en la miseria. Es decir, que tú los matas de miseria, por haberlos abandonado, al tiempo de matar á otros tan torpes y tan ciegos como tú.

—¿Es verdad!...

—Además, viene una huelga y olvidas que los huelguistas son tus hermanos, tus amigos, tú mismo, puesto que si piden mejoras, y obedeciendo, insensato, la ley, fusilas á los huelguistas, entre los cuales pieren tus padres, tus hijos...

—Y ¿qué hacer?

—¿Qué hacer? Ser hombre, tener valor, y sobre todo, buscar una solución, que no es difícil encontrar, y cuando la hayas hallado, síguela sin vacilaciones.

Así probarás querer á tus hijos.

El Estómago (1)

No solamente es el estómago la víscera más patriótica, según dijo Castelar, sino que también es la más religiosa, y aún podríamos añadir que la más gubernamental, la más pedestre, la más regresiva, la más bestial, en fin, para decirlo en una palabra.

Los brutos que discurren por la superficie planetaria, no tienen otro estímulo para la lucha por la vida que las imperiosas demandas de su estómago vacío. No reconocen más ley que su propia necesidad, y esta la satisfacen á ciegas, instintivamente, disputándose sanguinariamente la ración cuando ésta es mezquina, escasa, y careciendo de subsistencias, no hallan inconveniente alguno en echar mano de sus propios semejantes, destrozándolos y zampándose los furiosamente, impelidos por el hambre implacable é insistente.

Así es que las bestias, de su estómago hacen su razón de ser, su ley de vida, pero siempre hallaremos una disculpa para ellas,

(1) Por el título del presente trabajo algunos pensarán que va á constituir una disertación fisiológica; nada más disparatado: no es más que el producto de las reflexiones motivadas por la Navidad del año último.

Algunos lo hallarán algo extemporáneo, pero no importa, había de ser así, para que algunos no tuvieran lugar á pensar que lo inspiró un estómago desfallecido y por tanto, apasionado.

Nada de eso: el presente trabajo es puramente cerebral y nada estomacal.

Conste así, para justificación de su retraso intencionado y satisfacción de todos...

porque nunca han pretendido afirmar otra cosa, al revés del animal hombre que por el solo hecho de andar erguido sobre sus patas traseras, inventa á cada instante virtudes, bondades, derechos, deberes, sacrificios, gloria, sabiduría, artes, industrias, para en resumidas cuentas proceder de manera mucho más inoble, más rastrera y más criminal que las propias fieras, haciendo, como vulgarmente, gráficamente y exactamente se dice, «de tripas corazón», y yo añado, del estómago cerebro.

El estómago por ser el depósito que encierra las sustancias deglutidas, con el fin de alimentar el cuerpo humano, es el verdadero motor de su organismo.

El estómago es el enemigo acérrimo del pensamiento, pero, sin embargo, algo toma de su facultad anímica el estómago: lo necesario para que, sirviéndole de guía proporcionarse lo indispensable, no solamente para no caer en el aniquilamiento total de la materia, sino para convertirse en verdadero soberano de la personalidad humana.

El estómago sabe que el cerebro tiende constantemente á la conquista de una autonomía cada vez más amplia, más absoluta; el estómago barrunta que la idea se eleva continuamente por regiones empíreas en busca de las concepciones sociales que han de ser las realidades futuras, y esto constituye una amenaza á su soberanía estomacal.

Por esto sucede que cuando la fuerza de voluntad es escasa en la mayoría de los individuos que pueblan el planeta, el estómago concede á la sustancia gris la actividad suficiente para quedar convertido en instrumento suyo, otorgándole la categoría de lazarillo.

¡No podéis imaginaros de lo que es capaz un estómago agradecido!

¡Horrorizaos de las personas que suministran opulentamente su estómago y cuyo cerebro permanece vagando en las tinieblas de la ignorancia! Nada esperéis de éstos, son los pasivos, los inmovibles, las esfinges que contemplan impávidas el desmoronamiento social, la ruina de la dignificación humana.

En cambio, los que á un estómago agradecido y bien racionado unen una mentalidad algo sutil amalgamada á un egotismo salvaje y brutal con pujos aristocráticos, con aires modernos, estos constituyen el nutrido contingente de los patriotas, de los religiosos, de los gubernamentales y de todos cuantos ejercen cargos directamente ó por acesión, y que con la base de un falso, arbitrario y anacrónico poder se elevan sobre el nivel de sus semejantes, proclamando indirectamente, cubierto con el indiscreto ropaje de varios nombres, el imperio del estómago sobre el mundo entero.

Y así, el estómago, atacado del delirio de grandezas, sintiéndose megalómano, para el sostenimiento de una religión determinada decreta la celebración de una Navidad llenando disparatadamente la tripa que gime de dolor por exceso de comida, mientras un coro de ángeles canta la *venida* del Mesías.

Y así, el estómago, y siempre por agradecimiento forja una colectividad de pueblos á que llaman Patria, con el exclusivo objeto de satisfacer comodamente caprichos estomacales.

Y así, el estómago, siempre ladino y tenaz, se procura una clase de hombres á quienes no llama directores de rebaño, y determina lo que se llama Gobierno sobre lo que antes decidió apelar *patria*.

De esta manera nos convencemos de que tanto la Religión como el Estado y otras cosas más, si subsisten, no es debido á otra cosa más que á la supremacía estomacal sobre la sustancia gris.

Repetid, pues, con Castelar y conmigo que el estómago es la víscera más patriótica, la más religiosa y la más gubernamental, en la actualidad dueña absoluta del mundo habitable...

LORENZO PAHISA

La idea de causalidad

La idea de causalidad, por virtud de su dependencia, se desarrolla con extrema lentitud; bastará un ejemplo para confirmarlo. Nos asombramos de oír que un salvaje, caído en un precipicio, atribuye su desgracia á la maldad de algún diablo, sonriéndonos ante la creencia análoga de aquel griego, á quien una diosa, según decía, había salvado la vida soltándole la correa del casco, por la cual su enemigo le arrastraba ya. Pero diariamente oímos decir, sin manifestar asombro, á los unos que han sido salvados de un naufragio «por la intervención divina», á los otros, que «providencialmente» no llegaron á la salida de un tren que descarriló tal día, ó que escaparon «por milagro» á la caída de una chimenea.

Los que profieren tales expresiones no reconocen la causalidad física mejor que el salvaje ó el hombre semi-civilizado. El Veddah, que se reprocha, cuando su flecha no hiere la caza, no haber invocado con bastante fervor el espíritu de algún antecesor suyo, y el sacerdote cristiano que ora por un enfermo en la esperanza de ver suspendido el curso de la enfermedad, sólo difieren entre sí bajo el punto de vista del agente, del cual esperan asistencia sobrenatural y el cambio del orden de los fenómenos; mas uno y otro desconocen igualmente las relaciones necesarias de causa á efecto.

Encuéntrense ejemplos de esta falta de fé en la ley de casualidad hasta en los hombres cuya educación ha sido más propia para desenvolver dicha fé, hasta en los hombres de ciencia. Hoy mismo que, desde hace una generación, los sabios admiten todos la teoría de las acciones lentas en geología, son en biología partidarios de la teoría de los cataclismos; no admiten en la génesis de la corteza terrestre sino acciones naturales, y en cambio atribuyen á ciertas acciones sobrenaturales la génesis de los organismos en la superficie de la tierra.

Además, entre los naturalistas convencidos de que los seres vivientes en general se han desenvuelto bajo la acción y reacción de fuerzas que obran por todas partes, los hay que exceptúan al hombre de esta ley; ó bien, si admiten que el cuerpo humano ha estado sometido á la evolución como el de los demás animales, sostienen que su espíritu no es resultado de esta evolución, sino objeto de una creación especial.

La conciencia plena de la ley de causalidad obliga á creer que en la sociedad todos los actos, desde los más importantes hasta los más sencillos, producen consecuencias que, prescindiendo de la acción legal, contribuyen en grados diferentes al bienestar ó al malestar general. Si el asesinato irroga graves perjuicios á la sociedad, prohibalo la ley ó no; si la apropiación violenta de lo ajeno es fuente de males públicos y privados, sea ó no contraria á las prescripciones del poder; si el fraude y la falsedad son tanto más nocivos á la sociedad cuanto más frecuentes, háyanse atraído ó no el anatema de las prohibiciones legales, ¿no es cierto que ocurre lo mismo con todos los demás detalles de la conducta humana?

La idea de la causalidad natural se halla tan imperfectamente desenvuelta, que tenemos sólo cierto vago conocimiento del hecho de que las relaciones entre causas y efectos gobiernan el conjunto de la conducta humana, relaciones de que, en definitiva, se derivan todas las reglas, bien que muchas puedan ser inmediatamente deducidas de intuiciones morales.

La falta de fé en una evolución continua de la humanidad, de donde surja la armonía final entre la naturaleza y sus condiciones, es una prueba, entre otras mil, de que no se tiene plena conciencia de la causalidad.

HERBERT SPENCER

BARCELONA

No hemos recibido noticias particulares de los compañeros de Barcelona, ni hemos podido ver *El Productor*, que ha sido denunciado y recogida la edición. Así, pues, habremos de continuar fiándonos de la información de la prensa burguesa.

El haber muerto en la cárcel José Sala, envenenado ó como sea, deja en la oscuridad muchas cosas que serían necesarias para formar exacto juicio respecto del atentado contra el cardenal Casañas.

Desde luego, parece este un atentado inútil en sus consecuencias. Así debió preverlo José Sala. Si hubiese muerto el Cardenal, otro se hubiera puesto en su lugar y todas las cosas hubieran continuado como si nada hubiese ocurrido. Esto salta á la vista.

Casañas podrá representar las ideas más reaccionarias; pero en el terreno de los hechos, Casañas nada representa. No es un Cánovas, ni siquiera un Maura.

Cánovas unió su nombre á los horrores de Montjuich y Maura á los de Alcalá del Valle. Pero Casañas ¿qué había hecho?

Es cierto que una buena parte del pueblo catalán atribuye las explosiones de la calle de Fernando y Rambla de las Flores á manejos de los reaccionarios. Pero esto es muy vago. Por la palabra *reaccionarios* se entienden muchos elementos: religiosos, políticos y sociales, que tienen afinidades entre sí, pero que no se pueden englobar en la responsabilidad de los mismos hechos sin tener de ello pruebas concretas y fehacientes.

La opinión que atribuye aquellos atentados á los reaccionarios se funda en que sólo á estos podían aprovechar; se funda también en la falta de escrúpulos que los reaccionarios han demostrado siempre cuando se ha tratado de escoger medios para perjudicar á las personas y á las ideas liberales. Así, una bomba que explota poco antes de unas elecciones en que los reaccionarios ponen desesperado empeño en derrotar á Lerroux, porque creen que el triunfo de éste y de sus *demagogos* sería la muerte de los partidos reaccionarios; una bomba *providencial* que pueda hacer á los reaccionarios dueños de la situación, es natural que el pueblo no la crea obra de ningún hombre de ideas avanzadas, sino todo lo contrario.

De esta opinión han de participar muy especialmente los anarquistas, que se miran acusados y tienen la seguridad de que no han sido ellos los culpables, de que no lo ha sido ninguno de los suyos, porque aquellos atentados (toda la serie de *complots* y explosiones que se han sucedido durante más de un año) no tienen ningún carácter anarquista ni revolucionario de ninguna especie, como no lo tuvo en tiempos más lejanos la bomba de la calle de Cambios Nuevos que sirvió de pretexto á un proceso tan infame que pedía su revisión (cuando aun no ocupaba el poder) el mismo actual Presidente del Consejo de Ministros.

Es posible que esta idea de la inocencia de los anarquistas y la presunción de culpabilidad de los reaccionarios haya sido lo que movió á José Sala á decidirse á atacar contra la vida del cardenal Casañas, considerándole como representante genuino de la reacción en Cataluña.

Cada vez que ha ocurrido algún hecho semejante hemos expuesto nuestra opinión sin temor á las persecuciones gubernamentales y sin sospechar que ninguno pudiese atribuir á debilidad nuestra actitud.

No hemos querido nunca condenar severamente las protestas violentas de los de abajo, en una sociedad en que cada día abusan de la violencia los de arriba. Pero tampoco hemos querido aplaudir actos que no nos inspiraban ninguna simpatía, aunque en los primeros momentos se atribuyesen á compañeros nuestros. Cuando las explosiones de la calle de Fernando y la Rambla protestamos sin rodeos y afirmamos convencidos que no podían ser obra de los anar-

quistas. Nuestra afirmación se ha visto felizmente confirmada.

Ahora parece que ha sido un anarquista el que ha intentado herir al cardenal Casañas. Esto no ha de ser obstáculo para que digamos que nos parece una lamentable equivocación.

José Sala ha muerto. El que pone su vida por delante al intentar un hecho que le parece justo, merece respeto, aunque se equivoque. No consideraríamos honrado el escribir alguna palabra ofensiva para el muerto.

Pero, por otra parte, si Sala hubiese conseguido su objeto, si hubiese logrado matar al cardenal, tampoco estaríamos satisfechos. Si Casañas hubiese caído con el pecho atravesado, no hubiéramos creído que sobre su cadáver se levantase la emancipación del pueblo, no hubiéramos creído que con su sangre se lavasen las ofensas que el pueblo diariamente recibe. Hubiera sido un acto de violencia más, sin ningún resultado beneficioso.

Es lástima que José Sala, que al dar la vida por un acto que le parecía justo ha demostrado que era un hombre fuerte y decidido, se haya sacrificado inútilmente.

Escuela Libre del barrio 15

El último miércoles, día 3 del corriente, en uno de los intermedios de la función celebrada en el casino El Consey, tuvo lugar el sorteo de los regalos de la Tómbola que se había organizado á beneficio de la Escuela Libre.

El público llenaba por completo el salón-teatro del referido casino, esperando con interés el momento del sorteo.

La relación de los regalos y números que resultaron premiados, es la siguiente:

- 1.º Un reloj, un aderezo, una sortija y unos botones, todo de oro . . . 14.379
- 2.º Un gramófono con ocho discos. . . 8.534
- 3.º Un juego de trinchantes . . . 1.381
- 4.º Otro juego de trinchantes. . . 3.402
- 5.º Un estuche de útiles para dibujo . . . 10.977
- 6.º Una caja pastillas de jabón . . . 18.013
- 7.º Un borriquito de cartón . . . 18.668
- 8.º Unas vinajeras . . . 8.458
- 9.º Un reloj despertador . . . 11.343
10. Un joyero . . . 14.798
11. Un bebé. . . 17.832
12. Una cesta . . . 8.305
13. Dos tarjeteros. . . 22.959
14. Un juguete . . . 23.058
15. Dos ceniceros. . . 14.490
16. Un especiero . . . 19.644
17. Un joyero japonés . . . 22.050
18. Una docena de platos japoneses. . . 20.860
19. Una cartera para libros . . . 16.608
20. Una rinconera . . . 7.872
21. Un juego de cristalería, compuesto de botella, plato y vaso . . . 12.961
22. Un Neumo-Grapho, aparato para soldar . . . 22.506
23. Una colección de obras consistente en seis tomos . . . 18.262
24. Una manteleta de lana. . . 17.879
25. Un abanico . . . 5.205
26. Un ejemplar de la obra «Los misterios del mar» . . . 23.331

Los premios podrán recogerse en el local de la Escuela, todos los días laborables de once á trece.

Aunque hoy no podemos dar la cifra exacta de los beneficios obtenidos con la tómbola (lo haremos en el número próximo) podemos adelantar que han superado á los cálculos que se tenían hechos.

Los amantes de la enseñanza racional pueden estar satisfechos del resultado obtenido, que prestará mayor fuerza á la Escuela Libre.

Por falta de espacio dejamos para el próximo número la «Correspondencia».

ECOS Y COMENTARIOS

Hemos recibido el primer número de *Verdad*, periódico quincenal, defensor de las ideas anarquistas, que ha comenzado á publicarse en Lérida.

Del artículo que le sirve de presentación, copiamos el siguiente párrafo:

«Cuatro hombres—quizás más buenos, quizás tan malos como los demás—en un pueblo de esclavos, nos declaramos insolidarios de esas inhumanidades. Del presente, de todo el presente, no admitimos nada, ni la ley porque tiraniza la vida individual, ni la propiedad porque convierte en rebaño enfermo y famélico á los seres y colectividades, ni la patria porque divide á los hombres empujándolos á la matanza, ni la religión por ser dogma ilógico en las especulaciones científicas y el Santo Oficio, el Antisemitismo, la guerra civil, en las costumbres políticas. Hasta esta santa tierra que hace ofrenda á la humanidad de trigos y de flores, queremos remover, para sembrar en surcos nuevos que no hayan recibido lágrimas y sudores de la servidumbre campesina.»

Deseamos larga vida y labor fructificadora al nuevo campeón de nuestros ideales.

Dirección: Lista de Correos. Lérida.

**

Nuestro compañero *Luz y Vida*, que se publica en Santa Cruz de Tenerife, con motivo de la fiesta que la Iglesia celebra con el nombre de Navidad, ha dedicado todo un número de propaganda antireligiosa, insertando trabajos de los más conocidos escritores antiguos y modernos que han tronado contra dios y las religiones.

**

Sigue, cada vez con más fuerza, la campaña que han emprendido las autoridades contra nuestros periódicos. Y lo peor es que los malos corresponsales ayudan con fervor á los trabajos autoritarios.

Por falta de fondos ha tenido que dejar de publicar algunos números *Tierra y Libertad*, y la semana última no ha podido aparecer *El Productor* por la misma causa, anunciándonos también la muerte de *La Tribuna Obrera*, por falta de pago en los corresponsales.

Cuando la saña gubernamental arrecia, es necesario el concurso de todos para salir adelante. Conviene que los compañeros tengan esto en cuenta.

**

Los compañeros del grupo «Cosmopolita» desean que los periódicos y revistas que vean la luz en España y América, escritos en idioma castellano, manden un ejemplar. Según vayan recibiendo mandarán el importe.

Dirección: Francisco Peciña, Castaños, 8, 2.º.—Bilbao-Sestao.

**

Hemos recibido una partida de ejemplares del nuevo folleto *Inmoralidad del Matrimonio*, original de René Chaughy, traducción de Lorenzo Pahissa, que acaba de editar la Biblioteca «Gente Nueva», de Sabadell.

Consta de 32 páginas, muy bien impreso por la tipografía comunista «La Neotipia», de Barcelona, y se vende al precio de diez céntimos ejemplar. A los corresponsales y paqueteros se les hará el 25 por 100 de descuento.

Los pedidos á nombre de José Martínez, calle de Argüelles, 139, Sabadell, y á nuestra Administración.

**

El gobernador de Barcelona ha negado el permiso para publicar el periódico *El Nuevo-Malthusiano*. Así nos lo participa la Redacción del periódico, encargándonos saludarnos en su nombre á todas las publicaciones que la distinguen con el cange.